

## DE NUEVO SOBRE LOS «REMEROS» DE APOLONIO DE RODAS

In this paper the author responds to a recent contribution by G. Giangrande (*Minerva* 8, 1994) on the controversial ἐρέτησις in Apollonius Rhodius (II 467).

En el número 5 (1991) de esta misma revista traté acerca del supuesto enigma planteado por el término ἐρέτησις en Apolonio de Rodas II 467. Propuse allí una solución que sentía como razonable, aunque nunca pretendí imponerla como dogmática. Prueba de ello son las palabras con que concluía aquel breve artículo, en las que tal propuesta se calificaba de «mínima aportación» y de «intento de solución». Mi intención era la de no volver sobre el tema, en parte por estimar que no tenía nada más que decir sobre él y en parte también por creer que la crítica que en esas páginas se exponía era suficiente para mostrar que otras propuestas previas no eran más satisfactorias, sino más bien lo contrario. Pero en el número 8 de *Minerva* (1994) se ha podido leer una también breve pero contundente respuesta a mi artículo, obra de uno de los autores citados en él, el profesor G. Giangrande. Bien es verdad que, en una primera lectura, la censura del profesor Giangrande parece dirigida en su mayor proporción a desechar la solución que en su día (1970 y 1978) aventurara A. Ardizzoni y a revocar la crítica que éste escribiera contra la que a su vez Giangrande publicó en 1977<sup>1</sup>, pero la ocasión y el lugar elegidos, así como ciertas observaciones, revelan que en realidad esta

<sup>1</sup> La bibliografía está detallada en nuestro artículo de *Minerva* 5 (pp. 99-104), donde se hace una somera pero suficiente historia de la cuestión.

reciente publicación tiene como fin reafirmar su tesis justamente contra lo defendido por mí. Giangrande trata mi trabajo sin embargo con extrema cortesía, habida cuenta sin duda de que entre nosotros existe una vieja amistad, y dirige el grueso de su artillería contra Ardizzoni (lo que a estas alturas era seguramente innecesario); pero es evidente, cabe insistir, que su respuesta ha sido motivada por mi breve y modesto artículo y no por las ya añejas páginas de Ardizzoni, y que por benignas y amistosas que sean sus palabras no deja de haber en ellas una crítica a las mías. Es de agradecer, por supuesto, no sólo esa amable consideración personal, sino también, desde un punto de vista ético, el que el profesor Giangrande, por cuyas publicaciones profeso una indudable admiración y con las que con frecuencia suelo estar de acuerdo, haya antepuesto el rigor de lo que él estima como verdad a una tan humana consideración personal. Por supuesto no se puede también sino esperar que su talante científico acepte con objetividad esta respuesta y que su sentido de la amistad no se resienta porque esta vez estemos en desacuerdo.

Dicho esto, podemos volver a examinar sus argumentos. No retornaré en cambio a la defensa de mi propuesta (aunque sí habrá que recordar algunos aspectos concretos), que entiendo ya expuesta con suficiente claridad. El núcleo de la cuestión está, como es natural, en el texto de Apolonio, pero no en el contexto próximo, sino en un contexto más amplio, en toda la escena en casa de Fineo. Y, aun más concretamente, en el orden temporal de los sucesos ahí acaecidos. Giangrande entendió en su momento (y ahora así lo reitera) que el ἑρέτησιν del v. 467 permite una interpretación metafórica (de «remeros» —en tierra firme— a «bebedores en el simposio»), y esto por dos razones: la una responde al hecho de que está constatado que tal término posee ese sentido metafórico (lo que está atestiguado y nadie niega) y la otra a que en Apolonio está aquí usado en el contexto de un simposio (en qué medida, se verá después). Repito que el primer argumento es válido, aunque está por ver si lo es para el pasaje de Apolonio, y poco importaría que el siempre aducido lugar de Dionisio Calco sea muy explícito al respecto, ya que Apolonio podría simplemente haber sido más osado en el empleo de la misma metáfora. En mi propuesta se dejaba en cambio de lado la interpretación metafórica y se sugería un cierto paralelismo con el uso de ναῦται en la *Pítica* IV de Píndaro, que Giangrande lógicamente rechaza. Pero no puede negar que también en el citado texto pindárico se apli-

ca ναῦται a los Argonautas cuando no están navegando. Y en cualquier lengua términos que denotan actividades o dedicaciones más o menos profesionales o incluso eventuales pueden aplicarse a individuos que en un momento determinado no están practicando o ejerciendo tales actividades. Simplemente se produce ahí una extensión, que los expertos en semántica supongo tienen bien estudiada. Pero decir (p. 160, n. 1) que (si no se acepta la interpretación metafórica) el término debería tener en Apolonio «el sentido no metafórico de ‘remeros en la mar’», para añadir luego como expresión supuestamente equivalente «los que estaban remando», debe reconocer mi estimado amigo Giangrande que es una progresión semántica abusiva. Ἐρέται no incluye de por sí componentes ni marítimos ni temporales.

Pero insisto en que el nudo temático está en el orden cronológico del relato. La solución metafórica implica forzosamente que en ese momento los Argonautas estén participando en un simposio: es lo que Giangrande ya en su artículo de 1977 daba decididamente por supuesto al afirmar como punto de partida que «gli Argonauti, nel momento descritto da Apollonio, stanno bevendo durante un banchetto...» (p. 100), pero que ahora, como veremos, matiza. De lo contrario, debe ser desechada. Y justamente ahí residía la crítica de Ardizzoni, que yo me limité a repetir. Para Giangrande (1994, p. 160) «el término ἐρέτησις, en II 467, se refiere no al festín del atardecer, que tiene lugar en los versos II 494 ss., sino al simposio nocturno, al μέγα δόρπον que empieza en II 301 ss. y que continúa hasta la mañana del día que sigue», con la aclaración añadida de que los simposios «duran por lo menos hasta la salida del sol» (p. 161), de lo que hay testimonios concluyentes y que tampoco nadie osará negar. El pasaje II 448-450, que el propio Giangrande aduce, podría ser una muestra de lo que se comenta: la charla, en la que ha dominado el verbo profético del anciano Fineo, ha durado hasta el alba. No obstante, no hay en el texto de Apolonio indicaciones precisas que nos obliguen a entender esa velada como un simposio cabal. Los versos referidos al citado μέγα δόρπον (v. 304 ss.) narran meramente un festín que parece concluir con el formulario ἐπεὶ δόρποιο κορέσσαντ’ ἠδὲ ποτῆτος (v. 307). No se dice expresamente que continuaran bebiendo a lo largo de la noche. Eso sí, continúan charlando al amor de la lumbre hasta el amanecer a la espera del regreso de los Boréadas. Pero éste no es nuestro punto en litigio. Y el propio Giangrande, que antes daba simplemente por supuesto que los Argonautas estaban aún bebiendo,

ahora (p. 161) admite, porque el texto es inapelable, que los Argonautas han apagado «la sed en el estadio inicial del festín», así como que «por la mañana... no han abandonado el sitio donde el simposio fue organizado», si bien, viendo el riesgo al que le lleva su razonamiento y los puntos cedidos a la crítica, añadirá que el poeta al llamar a los Argonautas ἐρέτησιν «en el momento de la mañana en que estaban todavía en la casa de Fineo, claramente indica que los héroes —lo que no sorprende: se trata de héroes, no de seres humanos— eran tan vigorosos que, después de haber apagado la sed, estaban bebiendo, en la morada de Fineo, por la mañana», de todo lo cual lo único de lo que el lector puede estar seguro es de que los expedicionarios continúan en la morada de Fineo. De este simposio de tiempos heroicos la letra del texto de Apolonio no dice nada y el deducir toda esta interpretación del empleo del término ἐρέτησιν es ahora tan arriesgado como el haber partido antes de la premisa de que por estar (supuestamente) los héroes bebiendo el empleo de ἐρέτησιν sólo podía explicarse como metáfora simposiaca. Se han invertido los argumentos, pero los resultados siguen siendo problemáticos.

Pero volvamos a la secuencia cronológica, en la que creo que está la clave del asunto. Sea como sea, en los vv. 449 s. llega el alba. A partir de ese momento el supuesto simposio, según los usos, debería terminar. Y suponemos que es así, a pesar del silencio del poeta, por cuanto acceden a la vivienda diversos vecinos a consultar a Fineo, tal como durante el día (ἐπ' ἡματι: v. 451) han tenido hasta entonces por costumbre. No sabemos desde luego cuánto tiempo dedicaba Fineo a estas consultas, pero mucho cabe dudar de que tuvieran lugar en una prolongación diurna del supuesto simposio. No hay referencia ninguna a tal extremo, pero sí a la llegada entre los consultantes de un nuevo personaje, Parebio, que, terminadas las consultas, será invitado por el anciano a permanecer en la casa con los huéspedes (vv. 456-464), si bien al tiempo le pide que traiga σφωιτέρων ὀίωv ὁ τις ἔξοχος (v. 465) para el siguiente festín. Tras unas breves palabras del viejo Fineo, Parebio retorna de inmediato (ἐπισχεδὸν αὐτίκα: v. 490) con su regalo, que será sacrificado también de inmediato para preparar el nuevo yantar, en el momento en que (Apolonio precisa ahora) el día ya declina (νέον ἡματος ἀνομένοιο: v. 494).

La secuencia de los hechos narrados por Apolonio parece, dentro de lo posible, bastante clara y Ardizzoni la reprodujo con fidelidad en su

análisis. Las consultas del adivino por parte de sus vecinos pueden haber ocupado una parte amplia del día, hasta el punto de que, cuando terminan, se hace ya necesario proveer la carne para la segunda cena en esta estancia de los Argonautas en casa de Fineo, y es en ese muy preciso contexto, y no en el de un simposio prolongado supuestamente no sólo hasta el alba, sino hasta horas después, cuando se lee la palabra ἐρέτησιν. Ni Ardizzoni ni yo hemos creído, como sugiere Giangrande, que «el festín del atardecer empieza por la mañana» (p. 160, n. 2). Esa secuencia temporal, que hemos reproducido, deja claro que al alba termina una velada (no es seguro que deba llamarse a ésta un simposio), a la que sigue una actividad profesional del anciano, que puede durar cierto tiempo, y que, finalizada esa actividad, asistimos a los preparativos al atardecer de una segunda cena. El empleo del término ἐρέτησιν no encaja ni en aquella velada (ni siquiera en su mañanero final) ni por supuesto en el curso de la segunda cena, sino en esa etapa intermedia y diurna que se extiende entre la velada inicial y la citada segunda cena. O, aún con mayor precisión, más cerca del atardecer de esa jornada que de la mañana. Fuera, por consiguiente, de todo contexto simposíaco.

En conclusión, el orden de los hechos narrados hace improbable y poco aceptable una interpretación metafórica del mencionado término, sobre todo si, como parece de todo punto lógico y como Giangrande siempre ha aceptado, es obligado para ello situarlo en el contexto de un simposio.